

Paz de las autopistas

Germán Gaviria Álvarez
Escritor colombiano

En las autopistas de la capital reina la calma porque éstas son imaginarias y su existencia está mediada por los anuncios publicitarios, las series extranjeras de televisión y las películas de Hollywood. En cambio las esquinas y las calles de Bogotá—que hace mucho quisieron parecer autopistas—, son horrorosamente tangibles y su existencia está dada en razón de los mendigos que echan una escupa en el parabrisas de los carros de la gente, en seguida limpian con su puño y exigen una moneda. Ansioso de encontrar la paz en una ciudad que abandonó sus árboles, su trazado y su arquitectura al gusto zafio de los comerciantes, inicio a veces una cuasirromántica caminata por el Centro, pero no tardo, en las calles destinadas un día para el deleite de los enamorados, en comenzar a esquivar la furia de los vendedores ambulantes, los automóviles y los buses que atacan como los seres infernales que poblaron las pesadillas de De Quincey y la literatura de H. G. Wells.

Por eso la razón asesina que a veces me invade es una forma más de la impotencia ante la descarada medianía de la ciudad. En mi recorrido silencioso levanto la pierna para no patear (en el fondo lo deseo de todo corazón) el tarro del falso ciego, la muleta del que se hizo cortar una pierna en uno de esos cuartos hediondos de la Calle del Cartucho, los miles de cachivaches sobre trapos mugrientos de hombres, mujeres y niños que hace treinta años se habrían camuflado entre los hippies que ofrecían una sonrisa ida y un símbolo de paz como si fueran los infaustos augurios del Callejón de los milagros.

A las seis de la tarde las luces de los negocios se encienden y las oficinas vuelven a la penumbra, como si miraran con desgano, desde su altura, a quienes las habitan durante el día; salir a la calle con la corbata ajustada o con la cartera bajo el brazo, sin poder evitar un sentimiento de culpa, apretar el paso y mirar, de cuando en cuando, a uno y otro lado de la vía. En medio de ellos, finjo también que nadie me persigue, que los pordioseros me van a entregar su aliento innumerable y su mirada cenagosa a cambio de una moneda, el peaje para dejarme pasar. Camino alerta, atento a la menor señal para deshacerme sin castigo de esos hijos del exhosto y de la desidia del Estado, para brincar a un taxi que por misericordia, antes de que algo o alguien ataque, se detiene.

Ya en casa, con la cabeza en la almohada, me acogota la incertidumbre de si el malestar se debe a un delito involuntariamente cometido, a aquellos bocados de más o al deseo inconfesado de redimir mediante el asesinato a uno de esos seres en cuya condición he descubierto la dureza del corazón humano. Con el enorme peso de la vergüenza y del horror por mis pensamientos, me dejo arrullar por la rabia cotidiana de no haber ganado el derecho a un pedazo de ciudad, a un trocito de esa autopista con la que sueño, en la que los automóviles pasan veloces, indiferentes a la vida y a sus miserias.

bojas Universitarias.....